Identidad del yo en la globalización

Autora: Andrea Wagner

Instituto: Neurociencias Clínicas, Facultad de Medicina, Universidad Austral de Chile

Nota de la autora

El presente artículo se basa en el trabajo de tesis presentado para optar al grado de licenciada en Psicología de la Universidad de la Frontera.

Cualquier mensaje respecto a este artículo debe ser enviado a

andrea.wagner@uach.cl

Resumen

En la globalización, la identidad constituye un problema a resolver, por cuanto la responsabilidad de dotarla de sentido, se desplazó de las instituciones a la subjetividad individual (Gleizer, 1997). En esta investigación se revisan los aspectos socioculturales de la globalización que explican este fenómeno, y la relevancia que adquiere la instauración de un sentido de identidad primario, caracterizado por un sentimiento de confianza básica que permita la mantención de un sentido de identidad, posibilitando el establecimiento de relaciones íntimas, en que se construyen intersubjetivamente sistemas de referencia para la identidad del yo. Se revisan los procesos que, desde una perspectiva psicoanalítica, instauran un sentido primario de identidad: el desarrollo temprano del yo, considerando la teoría del desarrollo psicosocial de Erikson, y el proceso de separación individuación, descrito por Mahler. Finalmente, se enfatiza la importancia de la dinámica relacional entre el niño o la niña y su cuidador o cuidadora, en el desarrollo de la identidad.

Palabras clave: Globalización, identidad, psicoanálisis, intersubjetividad, confianza.

Introducción

Uno de los procesos que en la actualidad aparece causando mayor impacto en variados planos de la vida social es el denominado “globalización”, que está afectando las formas de hacer las cosas por la instauración de un mercado mundial cuya lógica de eficiencia y eficacia tiende a hacerse hegemónica, y por la creación de tecnologías que revolucionan la producción de bienes de consumo y las comunicaciones. Estos fenómenos inducen la aceleración del cambio en las prácticas sociales que afectan en mayor o menor grado a las personas de todo el planeta, alcanzando los ámbitos privados y su vida íntima.

Los cambios de ritmo vertiginoso, son percibidos subjetivamente de manera tal que la experiencia vital de lo efímero y de lo contingente se agudiza hasta el punto de que la realidad puede empezar a vivirse como caos y sentimientos de desorientación y fragmentación se apoderan de los individuos (Larraín, 1996). Las identidades establecidas tienden a disolverse y el yo se ve obligado a definirse de nuevo, y las personas necesitan de una respuesta concreta a preguntas tales como: ¿Quién soy yo?, ¿A dónde pertenezco? (Marina, 2000).

La identidad se ha transformado en un problema, traspasándose la responsabilidad de su construcción y de dotarla de sentido, de las instituciones a la subjetividad individual (Gleizer, 1997). Los vertiginosos cambios socioculturales desarticulan los sistemas unificados de referencia de las instituciones, y la problemática de la identidad se traslada al ámbito de la vida cotidiana, en la que se articula la necesidad de dotar de integración y coherencia a las actividades continuas y rutinarias que se desempeñan día

a día.

La presente investigación, de carácter teórico, tuvo por objetivo principal describir la problemática de la identidad en la globalización, y el papel que en su resolución juegan elementos inconscientes de la identidad que son desarrollados tempranamente, y que median la capacidad de un individuo de hacerse cargo de la tarea de construir y dar sentido a su propia identidad, a lo largo de la vida. Con este fin se describe en forma comprensiva el fenómeno de la globalización y cómo afecta a las personas en su vida cotidiana, a partir de antecedentes teóricos del campo de la sociología. Asimismo, desde una perspectiva psicoanalítica son descritos los procesos psicológicos tempranos de los que emerge un sentido de identidad primario, la importancia de las relaciones afectivas en ellos, y cómo influyen a nivel inconsciente en la capacidad de establecer relaciones de confianza que sustenten un sentido de identidad a lo largo del ciclo vital.

En la discusión, abordamos como el sentimiento de confianza básica, -instalado ya en la emergencia de el niño o la niña como individuos-, permite que el yo realice una síntesis integrativa y unificada de la experiencia, haciendo posible la generación y mantención de un sentido de identidad coherente y cohesivo, aspecto que, en circunstancias de que la responsabilidad de construir y dotar de sentido a la identidad se ha trasladado a los individuos y al campo de lo intersubjetivo, permite articular relaciones íntimas desde las cuales construir intersubjetivamente sistemas de referencia, en que la experiencia adquiera significado y nuestra identidad se vea reafirmada. Finalmente, se enfatiza la necesidad de asegurar a los niños y las niñas el adecuado desarrollo de los procesos psicológicos que llevan a la instauración de un sentido de

identidad primario.

La Globalización en el Contexto de la Modernidad Tardía

El mundo atraviesa un período a la vez creativo y convulso, marcado por una transformación multidimensional y los conflictos que dicha transformación suscita (Castells, 2005). Qué es la globalización, y de qué manera es posible situarla en el contexto de los cambios sociales que se están produciendo, son focos de un debate intenso.

Giddens (2001) contextualiza la globalización en el desarrollo de la Modernidad, y afirma que nos estamos trasladando a un período en que sus consecuencias se están radicalizando y universalizando como nunca. Los entornos y las experiencias modernos atraviesan todas las formas de la geografía y la etnia, de la clase y la nacionalidad, de la religión y la ideología (Berman, 1998). La Modernidad corresponde a una determinada cultura basada en parámetros como la secularización, la política y el saber científico (Montecinos, 1996). La idea de Modernidad recibe su formulación definitiva a partir del discurso ilustrado del s. XVIII, estructurándose la historia moderna en torno al esfuerzo tendiente a romper con los determinismos que atenten contra la legítima autonomía del hombre como ser racional y libre (Montecinos, 1996) renegando del dogma y la tradición, que subordinan al ser humano a los poderes de la religión y la costumbre.

La Ilustración trató de destrozarse la autoridad de la tradición (Giddens, 2000), lo que implicó un elemento liberador, dado que las acciones de cada uno dejan de estar

sancionadas por la tradición, y al mismo tiempo, un elemento de inseguridad, recayendo cada vez más en el individuo la dotación de sentido y coherencia de su propia experiencia.

Desde la teoría sociológica se han establecido varios determinantes que explican el nacimiento de la Modernidad. Para Weber, la modernización aparece en estrecha asociación con los procesos de racionalización y desencantamiento del mundo (Larraín et ál., 1995). Durkheim vinculó el origen de las instituciones modernas al impacto producido por la industrialización de la producción, y junto con ella, el surgimiento de la división del trabajo, que explica en gran medida el carácter rápidamente cambiante de la vida social moderna (Giddens, 2001). Racionalización e industrialización permiten las manifestaciones características de la Modernidad: los grandes descubrimientos de las ciencias físicas, la industrialización de la producción, las inmensas alteraciones demográficas, los sistemas de comunicación de masas, los estados, los movimientos sociales masivos de personas y pueblos. Conduce y mantiene a todas estas personas e instituciones, un mercado capitalista mundial siempre en expansión y drásticamente fluctuante (Berman, 1998). Para Marx, lo que está a la base de la Modernidad es el surgimiento del capitalismo¹ y de la burguesía revolucionaria, que llevan a una expansión sin precedentes de las fuerzas productivas y a la creación de un mercado mundial (Larraín et ál., 1995). Giddens (2001) se inclina por una comprensión multidimensional de la Modernidad, y considera que estos tres antecedentes: capitalismo, industrialización y racionalización, en conjunto, dan a la

¹ El capitalismo es un sistema de producción de mercancías centrado en la relación entre la propiedad privada del capital y una mano de obra asalariada desposeída de propiedad siendo esta relación la que configura el eje principal del sistema de clases (Giddens, 2001).

Modernidad su forma característica y su dinamismo.

Razón y Tradición

Las sociedades tradicionales dieron señales de un elevado grado de integración (Gleizer, 1997), sin embargo, las formas de vida introducidas por la Modernidad arrasaron con las modalidades tradicionales del orden social. Estas formas de vida modernas han servido para establecer formas de interconexión social que abarcan el globo terráqueo; mientras, a nivel intensivo, han alterado algunas de las más íntimas y privadas características de nuestra cotidianeidad (Giddens, 2001). Con el advenimiento de la Modernidad, la tradición y su capacidad de reforzar los vínculos de la comunidad, fortalecer sus instituciones y dotar de significado los hitos de la vida personal, relacionando la experiencia subjetiva con la vida social, se debilitaron, y junto con ello, la capacidad de la tradición de definir una especie de verdad (Giddens, 2000).

La razón técnica y la razón científica pasaron a imperar tanto en la teorización de los problemas que el ser humano enfrenta, como en las soluciones aplicadas, desconociendo todo conocimiento proveniente de la fe, la tradición, o la mera intuición (Montecinos, 1996). Cuando las pretensiones de la razón reemplazaron aquellas de la tradición, parecían ofrecer una sensación de certidumbre mayor de la que proporcionaba el dogma preexistente (Giddens, 2001), y las ciencias aspiraban a dar respuesta a las interrogantes del ser humano. Pero, lejos de producir certezas, los conocimientos que se generan con el desarrollo de las ciencias son constantemente revisados y, como señala Popper (1962, en Giddens, 2001), en ciencia nada es cierto y nada puede probarse. Además, lejos de darnos seguridad y hacer la vida predecible, el

progreso de la ciencia y la tecnología, tienen a menudo el efecto contrario (Giddens, 2000), creando riesgos de alcance planetario, tales como la amenaza nuclear y el desastre ecológico. Así, la confianza en el progreso a través del desarrollo del conocimiento científico, se debilita, de manera que pierde su capacidad de aportar un marco interpretativo al avance de la historia y a la propia experiencia.

La Disolución de la Gran Narrativa

La búsqueda de coherencias que sustituyan el papel integrador de la tradición, se tradujo en la creación de los ‘grandes relatos’ de referencia (tales como el positivismo y el marxismo), que operaban como formas de homogeneización al constituir referentes a los cuales se remitía consciente o inconscientemente (Gleizer, 1997). Esta “gran narrativa” brindaba un sistema referencial de sentido a muchas de las actividades humanas, que se articulaban en torno al discurso del progreso. Sin embargo, la pérdida de la fe en el “progreso” es uno de los factores que subraya la disolución de la gran narrativa de la historia (Giddens, 2001).

Giddens (2001) señala que la visión posmoderna, marcada por la disolución de la “gran narrativa”, contempla una pluralidad de heterogéneas pretensiones al conocimiento, entre las cuales la ciencia no posee un lugar privilegiado. La crisis y el pretendido fin de toda concepción basada sobre una pura objetividad empíricamente independiente de la correspondencia cognoscitiva, han instaurado juegos de ámbitos de significados y prácticas, ninguno de los cuales puede pretender tener hegemonía sobre los otros (Gleizer, 1997). Las bases epistemológicas del conocimiento científico están en cuestión, y éste se inscribe entre otros muchos conocimientos, que reclaman tener la

misma validez. Estos conocimientos se incorporan a la corriente de cambios de la Modernidad, en tanto los mecanismos que explican el dinamismo de la misma siguen operando, llevando y trayendo los contenidos y significados dispersos que caracterizan a una Modernidad radicalizada.

Mecanismos Dinamizadores de la Modernidad

Giddens (2001) describe los mecanismos que hacen posible el tremendo dinamismo y capacidad de generar cambios de la Modernidad. El ritmo vertiginoso con que operan dichos mecanismos, dado por el aumento exponencial de los intercambios a través de las redes de información sustentadas en las tecnologías de las comunicaciones, provocan la radicalización de la Modernidad, y permiten y explican la emergencia de la globalización:

En primer término, Giddens (2001) describe el desanclaje, entendido como el ‘despegar’ las relaciones sociales de sus contextos locales de interacción y estructurarlas en indefinidos intervalos espacio temporales. Esta separación espacio-tiempo ha permitido desarticular las actividades sociales de sus particularidades de contexto y presencia (Larraín et ál., 1995), desconectando la actividad social de su “anclaje” en ellas y, abriendo un abanico de posibilidades de cambio al liberarla de las restricciones impuestas por hábitos y prácticas locales (Giddens, 2001). El desanclaje posibilita la interacción entre sujetos ausentes por medio de una serie de procesos mediadores como el dinero (Larraín et ál., 1995), a través de señales simbólicas que Giddens (2001) define como medios de intercambio que pueden ser pasados de unos a otros sin consideración por las características de los individuos o grupos que los

manejan en una particular coyuntura. A través de estos medios son posibles intercambios entre individuos que se ubican a gran distancia. También posibilitan el “desanclaje” los sistemas expertos: sistemas de logros técnicos o de experiencia profesional que organizan grandes áreas del entorno material y social en que vivimos (Giddens, 2001). El desanclaje afecta las relaciones sociales, y el sistema social deja de requerir de las posibilidades limitadas de interacción cara a cara para su propia formación y reproducción (Gleizer, 1997).

Otro importante mecanismo dinamizador de la Modernidad definido por Giddens (2001) es la reflexividad, en la que las conductas sociales ya no son sancionadas por la tradición, y la generación e intercambio de nuevos “saberes” es constante, y la productividad, la competitividad, eficiencia, comunicación y poder en las sociedades se constituye en buena medida, a partir de la capacidad tecnológica de procesar información y generar conocimiento (Castells, 2005), el que es aplicado reflexivamente a todos los aspectos de la vida humana (Gleizer, 1997).

La reflexión de la vida social moderna consiste en el hecho de que las prácticas sociales se revisan sistemáticamente a la luz de nuevos conocimientos sobre esas prácticas, sin una necesaria relación con el pasado o la tradición (Larraín et ál., 1995). La reflexión se aplica al proceso de reproducción social, de manera que la rutina de la vida cotidiana no tiene ninguna conexión intrínseca con el pasado (Giddens, 2001). La rapidez y profundidad de los intercambios entre los individuos, que dinamizan el proceso globalizador, son posibles en virtud de las redes de comunicación globales e instantáneas, en que se transmiten rutinariamente información e imágenes, a través de

las cuales todos estamos en contacto regular con otros que piensan diferente y viven en forma distinta a nosotros (Giddens, 2000). Si bien la distribución del acceso a las redes no es homogénea, todos son alcanzados por los cambios en las prácticas sociales que la aplicación reflexiva de la información a la organización racional de la vida social acarrea.

La organización racional de la vida social, forma típica de organización de la vida social en la Modernidad -dada por el desanclaje: separación tiempo espacio y sistemas abstractos que modifican la forma de interacción social-, se expande, y se incorporan reflexivamente en su realización informaciones provenientes de las más diversas fuentes. De esta manera, se generan cambios en las prácticas sociales, las instituciones y los roles en forma constante e impredecible.

La globalización, por lo tanto, se incorpora en el proceso de radicalización de la Modernidad que se expresa en la exacerbación de su tendencia globalizante, y por la difusión global de sus mecanismos dinamizadores que permite la aceleración y profundización de los cambios en el ámbito planetario.

Factores Impulsores de la Globalización

Existen factores que hacen que los mecanismos que explican el dinamismo de la Modernidad operen a un ritmo vertiginoso en la globalización, facilitando los intercambios sociales a través de todo el mundo siendo estos intercambios entre individuos y grupos, comunidades y pueblos, los que dan forma a la globalización, que se traduce en cambios en todos los ámbitos de la vida de las personas.

Tanto la expansión y desregulación de los mercados a nivel planetario como las nuevas tecnologías de las comunicaciones, que permiten la interacción social de todos con todos a través de todo el planeta, tienen su origen en elementos característicos tales como la instauración de un mercado mundial y el progreso de la ciencia y la tecnología. La globalización no es nueva, pero en la era actual tiene características distintivas. El espacio se reduce cada vez más, el tiempo se hace cada vez más breve y las fronteras desaparecen, vinculando la vida de la gente de manera más profunda, más intensa, más inmediata que nunca antes (Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, 1998). La globalización afecta las formas de vida social alrededor del planeta, la forma como la gente se concibe a sí misma e interactúa. Así, el proceso de globalización se refiere a la intensificación de las relaciones sociales universales que unen a distintas localidades de tal manera que lo que sucede en una localidad está afectado por sucesos que ocurren muy lejos y viceversa. Revisaremos a continuación de qué manera estos factores impulsan el proceso de globalización.

Mercado Mundial

Los intercambios producidos en virtud de la instauración de un mercado mundial, han gatillado la intensificación de las relaciones sociales universales. Impulsa esta integración mundial el cambio normativo encaminado a promover la eficiencia económica mediante la liberalización y desregulación de los mercados nacionales (Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, 1998). Este sistema capitalista mundial se caracteriza por nuevas compañías transnacionales, mercados universales de capitales, y segmentos consumidores similares en todas partes del mundo (Larraín et

ál., 1995). En este contexto, la producción y el consumo –y las necesidades humanas– se hacen cada vez más internacionales y cosmopolitas (Berman, 1998).

La globalización de la economía incluye la interpenetración internacional de mercados de bienes y servicios, un mercado global de trabajadores de especial cualificación y migraciones internacionales de mano de obra desplazada por las crisis económicas (Castells, 2009). Asimismo, la flexibilización del trabajo, implica tanto reorganizar el trabajo (al tiempo, al lugar y al contrato bajo el cual se ejecuta), como la precarización del mismo, precarización que abarca y transforma ámbitos cada vez mayores de la realidad vital de los seres humanos (Beck, 2006).

En este contexto, la función de los estados ha cambiado, debido al “redespliegue” económico en la fase actual del capitalismo, impulsado por la mutación de técnicas y tecnologías (Lyotard, 1989), de manera que el potencial regulador de las fronteras de los estados nación se ha debilitado, y éstos se han orientado hacia una compulsión por situarse y afirmarse en el mercado mundial y en la sociedad de riesgo global (Beck, 2006). A su vez, el estado se ha retirado de muchas actividades económicas, incluida una reestructuración del estado benefactor, que ha sido reducido en función de criterios de rentabilidad y eficacia, hasta prácticamente su extinción (Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, 1998).

La fuerza impulsora de este cambio es el proceso de globalización, que se caracteriza por un incremento de los intercambios y su instantaneidad a nivel

planetario, y por la apropiación reflexiva de información así compartida. Se genera así lo que Beck (2006) llama “Incertidumbre fabricada”. Dicha incertidumbre fabricada –en el sentido de que la incertidumbre es generada por el torrente de decisiones basadas en esas informaciones, que se toman a nivel global, cuyo efecto se torna impredecible-, hace que los mercados financieros tiendan a la inestabilidad, generando sentimientos de inseguridad en las personas.

Tecnologías de las Comunicaciones

La expansión universal de los medios de comunicación ha sido vital para dar nuevo impulso a los procesos de globalización (Larraín et ál., 1995). Berman (1998) señala que, ya al emerger la Modernidad, la escala de comunicaciones se hace mundial, y aparecen los medios de comunicación de masas tecnológicamente sofisticados. Sin embargo, la globalización se ha visto influida, sobre todo, por cambios en los sistemas de comunicación, que datan únicamente de finales de los años sesenta (Giddens, 2000), y que hacen posible la comunicación instantánea a nivel planetario.

La industria mundial de la recreación y los medios de comunicación –que difunde opinión, cultura y política- está dominada por un puñado de grandes empresas (Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, 1998). Al respecto, Giddens (2000) señala que la evaluación pesimista de la globalización se deriva de la concepción de la misma como instrumento de la hegemonía occidental, más precisamente estadounidense, y la instauración de un proceso de homogeneización cultural, que se trasmite a través de la industria de la

recreación y los medios de comunicación, destrozando culturas locales, ampliando las desigualdades mundiales y empeorando la suerte de los marginados. Sin embargo, esta homogeneización no es la única forma de transformación cultural que ocurre en la globalización, ya que las redes de comunicación permiten a los individuos ser emisores, además de receptores pasivos.

Un importante impulsor de la globalización y su capacidad de generar cambios socioculturales es Internet², que equivale a un mundo electrónico en el cual a diario ocurre una variada gama de actividades (Sistemas de Servicios de Información y Bibliotecas, 1996). La transformación continua de la tecnología de la comunicación en la era digital, extiende el alcance de los medios de comunicación a todos los ámbitos de la vida social en una red que es al mismo tiempo local y global, genérica y personal, en una configuración constantemente cambiante (Castells, 2012). En este punto, cabe señalar que la accesibilidad a las redes de comunicación interactivas no es homogénea, sino más bien está mediada por la instalación y acceso de los sistemas de telecomunicaciones y por las habilidades del potencial usuario, de modo que, sin alfabetización y aptitudes básicas de computación, la gente tiene escaso acceso a la sociedad de redes (Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, 1998). Sin embargo, las redes de comunicación interactivas

² Internet es una Red mundial en la que computadores personales e institucionales comparten espacios, y en la cual, por tanto, millones de personas pueden comunicarse e intercambiar datos de variado formato (Collico, 1998; MINEDUC, 1998).

(Internet, celulares, etc.), y su abaratamiento han permitido que se difunda una diversidad de voces y culturas (Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, 1998). En 1996, los usuarios de internet eran 40 millones de personas. En 2010, ya alcanzaban los 1600 millones de personas. Además, a partir de 2002 todo el crecimiento en comunicación telefónica es por móviles: en 1991 había 16 millones de abonados, y en 2011, 4700 millones (Castells, 2011).

En la medida que el acceso a las tecnologías comunicacionales se democratiza, las comunidades en línea, atraídas por posición política, etnicidad, intereses, género, trabajo o causa social, van en aumento, brindando nuevo poder de cabildeo a voces que anteriormente no se escuchaban en la escena mundial (Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, 1998). Castells (2009) enfatiza la capacidad de las redes para introducir nuevos actores y nuevos contenidos en el proceso de organización social, con relativa independencia de los centros de poder, de manera que los intercambios entre las diferentes regiones del mundo, ha permitido que las agitaciones de transformación social estallen prácticamente en la totalidad de la superficie terrestre (Giddens, 2001).

Castells (2012) señala que el cambio fundamental en el mundo de las comunicaciones ha sido lo que él llama autocomunicación de masas, que consiste en el uso de internet y de las redes inalámbricas como plataformas de comunicación digital, en base a las cuales se construye la autonomía del actor

social, ya sea individual o colectivo. Castells (2011) señala que es auto, por cuanto los mensajes son autoseleccionados, y porque el emisor es al mismo tiempo receptor. También es auto porque nos podemos referir constantemente a un hipertexto³ de comunicación, que está disponible, y del cual seleccionamos y obtenemos aquellos elementos que nos permiten escribir nuestro propio texto. Es aquella comunicación que va de muchos a muchos, con interactividad con tiempos y espacios variables.

En resumen, las tecnologías de las comunicaciones conectan todo con todo lo demás, creando una sociedad de redes que obliga a cambios complejos y contradictorios (Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, 1998), y en la que coexisten la tendencia a la homogeneización y la tendencia a diversificación cultural.

A continuación, consideraremos como los cambios socioculturales impulsados por la globalización, ya descritos, afectan la vida cotidiana de las personas, en relación a la posibilidad de dotar de sentido a la identidad.

Dimensión Sociocultural de la Globalización

El tipo de sociedad que emerge del proceso de globalización es mundial. Y está emergiendo de una manera anárquica, casual, estimulado por una mezcla de influencias (Giddens, 2000). En lugar de una sociedad afirmada sobre principios

³ El hipertexto -primera modalidad de tecnología hipermedial- ha sido definido como una aproximación al manejo de la información en la cual los datos son almacenados en un sistema interconectado de nodos, unidos por enlaces (Thüring, Hannemann y Haake, 1995; en Cárdenas, Contreras y Lintz, 2001).

universales fijos, hay un pluralismo de espacios sociales regulados por criterios flexibles y contingentes (Gleizer, 1997) que Castells (2011) llama sociedad red: una sociedad en la que las redes de comunicación interactiva de base electrónica y transmisión digital, organizan el conjunto de las prácticas sociales, el conjunto del planeta en términos de lo global y lo local. En este contexto de experiencia y acción pluralista y heterogénea, la diversidad y la desarticulación son los rasgos de la nueva situación (Gleizer, 1997).

Según Castells (2001) la cultura adquiere forma de red interactiva en el hipertexto electrónico, mezclando todo y vaciando de significado cualquier mensaje específico fuera de este contexto, excepto aquel que tenga un valor fundamental y no comunicable externo al hipertexto. De esta forma, la cultura se unifica en el hipertexto pero se interpreta de forma individual. La cultura es construida por el actor, autoproducida y autoconsumida, de tal manera que, cualquier significado asignado se vuelve instantáneamente obsoleto, reproducido por una miríada de perspectivas distintas y de códigos alternativos. La fragmentación de la cultura y la circularidad repetitiva del hipertexto conducen a la individualización del significado cultural en las redes de comunicación (Castells, 2001).

Los antiguos polos de atracción constituidos por los estados naciones, los partidos, las profesiones, las instituciones y las tradiciones históricas pierden su atracción, y el principio de ciudadanía emite un significado cada vez más débil hacia los ciudadanos (Castells, 2005). Y no parece que dichos polos deban ser reemplazados, al menos a la escala que les era propia (Lyotard, 1989). Se institucionaliza el pluralismo de valores,

que a su vez ha conducido a que los fines últimos se transformen en patrimonio personal de cada uno. En el sistema cultural ya no existe una ‘promesa de solución’ que valga para todos, y las soluciones posibles no confieren al sistema un solo significado, no prescriben un credo generalizado que permita asignar un único lugar a cada individuo (Gleizer, 1997).

Las instituciones, cuyo orden se encuentra en las tipificaciones de los quehaceres propios y de los otros (Berger y Luckmann, 1991), se ven debilitadas por cuanto los constantes cambios en las prácticas sociales las han desarticulado de dicho orden. Las instituciones son susceptibles de sufrir transformaciones y, con ellas, los roles en que se encarnan en la experiencia individual (Berger y Luckmann, 1991). Consecuentemente, el debilitamiento institucional se ha traducido en que los roles se desdibujen.

El ejercicio de las funciones de los roles permite la integración coherente de la experiencia en el ámbito subjetivo y su plausibilidad en la realidad social. Sin embargo, el conocimiento social, se ha desobjetivado, y con él, también los roles y sus funciones, de manera que corresponde a las subjetividades individuales la integración de la experiencia, tanto en el plano personal como en el plano social. En efecto, el paso a una cultura que relativiza sus propias creencias, nos obliga constantemente a integrar hechos inconexos, a discriminar y resolver (Gleizer, 1997).

En el contexto de la Modernidad radicalizada, las instituciones se ven desprovistas en gran medida de sus discursos legitimadores, por lo que dejan de ser percibidas como incuestionables, y sus fortalezas, debilidades e incongruencias en relación a los problemas que están llamadas a enfrentar, quedan en evidencia. Si consideramos que las

instituciones se traducen en rutinas que, una vez establecidas, comportan una tendencia a persistir, aunque siempre existe en la conciencia la posibilidad de cambiarlas o abolirlas (Berger y Luckmann, 1991), es comprensible que las debilidades en los procesos legitimadores de las instituciones permitan que los actores que las encarnan tomen conciencia de la posibilidad de cuestionarlas, contrastándolas en función de las informaciones que intercambian a través del globo. De esta forma, los roles asociados a una determinada institución se transforman en función de los cambios que ésta sufre, y la forma en que son “actuados” dichos roles también ejerce transformaciones en las instituciones. Si consideramos que la cultura, específicamente a través de sus instituciones, cumple una función de descarga que ordena y estabiliza, y brinda a través del tiempo, previsibilidad y continuidad, así como una base para el entendimiento y una garantía de confianza mutua en un orden no cuestionable (Gleizer, 1997), es posible comprender el impacto de los cambios sociales en la globalización, en la vida cotidiana de las personas, y en su sentido de identidad.

De esta manera, la tarea de estructurar la experiencia subjetiva y dotar de sentido a la identidad en un contexto sociocultural específico, recae sobre los individuos, que deben realizar selecciones significativas tomadas de la multitud de posibles roles y funciones diferenciadas abiertas a ellos (Gleizer, 1997), construyendo marcos de referencia subjetiva e intersubjetivamente, de manera más o menos contingente. En este contexto y en relación a la problemática de la identidad, el ámbito privado de la vida de las personas, ha adquirido mayor importancia.

En efecto, al carecer los individuos de un sistema social fijo y único para asentarse e

identificarse, surge como problema la necesidad de situarse en un mundo más cercano y comprensible, donde se puedan desempeñar y desplegar las cualidades individuales (Rodríguez y Arnold, 1990). Los individuos se vuelven a los ámbitos privados como referentes que les permitan dotar de sentido a la experiencia subjetiva y la identidad personal, y, como señala Castells (2005), las identidades individuales son autoconstruidas en torno a un proyecto personal, y a un principio electivo. Los cambios también han alcanzado a aquellas instituciones que nos comprometen en forma privada, en cuanto personalidades totales, y la interacción deja de estar sobrelimitada con las funciones de reproducir la sociedad, y es capaz, de manera creciente, de realizar sus propias posibilidades. La interacción se convierte en el espacio de realización de la intimidad (Gleizer, 1997).

Ante la disolución de lazos externos –tales como parentesco, obligación social o tradicional-, emerge lo que Giddens denomina relaciones puras (Gleizer, 1997). La idea de relación pura, basada en la comunicación emocional, es que las recompensas derivadas de la misma son la base primordial para que la misma continúe. Las dinámicas de este tipo de relación son bastante diferentes de las de los tipos más tradicionales de vínculos sociales. Ellas dependen de procesos de confianza activa –abrirse al otro- (Giddens, 2000) y, como Beck (2006) señala, la confianza implica una relación más orientada al futuro, con cualquier persona o entidad en la que se confíe, y tiene que ser mutua y ofrecer seguridad frente a contingencias futuras. Así, las rígidas tipificaciones de los roles han sido substituidas por una apelación a la autenticidad, que no torna fáciles este tipo de relaciones. Revisaremos la trascendencia de la identidad en la vida psicológica de las personas y como es vivida como un problema por ellas, en el contexto

sociocultural antes descrito.

La Identidad como Problema en la Globalización.

La necesidad de contar con un sentido de identidad personal, continua y coherente en relación a sí mismo y el mundo social, es vital para el ser humano. Como señala Erikson (1959), en la jungla social de la existencia humana, no se logra el sentimiento de estar vivo si no se tiene el sentimiento de la identidad del yo. Pero, ¿qué ocurre si el ‘medio ambiente’ se encuentra determinado de tal modo que deja vivir sólo a costa de una permanente pérdida de la identidad? (Erikson, 1959). Al respecto, Pichón-Rivière señala que:

Cuando el hombre de la calle descubre que el engranaje social en el que se ampara se halla en plena revolución, y entiende que las normas fijas sobre las que se desliza plácidamente su vida cotidiana, se han modificado, es sacudido por un sentimiento de inseguridad: la inquietud de sentir que el piso cede bajo sus pies. Experimenta entonces una de las enfermedades sociales más significativas de nuestro tiempo: la pérdida de identidad. (1995, p. 52).

Es necesario recordar que, si bien es cierto que las necesidades de la estructura económica y social de la comunidad moldean al hombre, su capacidad de adaptación no es infinita. Hay ciertas cualidades psicológicas inherentes al hombre que deben necesariamente ser satisfechas y que originan determinadas reacciones si se ven frustradas (Fromm, 1989). En este sentido, determinadas condiciones socioculturales potencian o al menos facilitan el desarrollo de una identidad saludable, que aporte

sentido a la experiencia de ser en el mundo, en tanto, otras condiciones, no.

Para que una sociedad pueda servir de contexto común a la vida y a la acción del individuo, tiene que existir un marco de referencia universal (Gleizer, 1997). La experiencia subjetiva está constituida por elementos dispares, y requiere de definiciones omnicomprendivas capaces de dar sentido a la vida. A este marco de referencia universal refiere el universo simbólico, concebido por Berger y Luckmann (1991) como la matriz de todos los significados objetivados socialmente y subjetivamente reales. El individuo se identifica con las tipificaciones de comportamiento objetivadas socialmente mientras las realiza, y el universo simbólico “aporta el orden necesario para la propia aprehensión subjetiva de la identidad que se legitima definitivamente al situarse en ese universo” (Gleizer, 1997). La identidad se define objetivamente como la ubicación en un mundo determinado y puede asumírsela subjetivamente sólo junto con ese mundo (Berger y Luckmann, 1991).

Ahora bien, en virtud de los mecanismos dinamizadores de la Modernidad, las prácticas sociales se estructuran “desancladas”, en indefinidos intervalos de espacio tiempo, con sus significados desconectados de sistemas de referencia unitarios. Además, las rutinas que dan forma a las instituciones y roles asociados a ellas, se modifican por la aplicación reflexiva del conocimiento. En otras situaciones, la percepción del yo se sustenta sobre todo en la estabilidad de las posiciones sociales de los individuos en la comunidad, sin embargo, cuando la tradición se deteriora, y prevalece la elección de estilo de vida, el yo no es inmune. La identidad personal tiene que ser creada y recreada más activamente que antes (Giddens, 2000) en circunstancias

en que el contexto sólo provee de identificaciones sucesivas sin adherencias estables, caracterizadas por sinceridades secuenciales que responden a una lógica electiva (Gleizer, 1997).

Con el advenimiento de la Modernidad, el individuo se atreve a individualizarse (Berman, 1998) y, en el contexto de la globalización, en rigor se ve obligado a hacerlo, de manera que el problema de la identidad se agudiza, al aparecer la oportunidad (y la necesidad y la exigencia o presión social) de expresarnos, y no saber que expresar (Montecinos, 1996).

Como señala Beck (2006), el conocimiento y su aplicación reflexiva impone decisiones y abre contextos de acción. Los individuos son liberados de las estructuras y deben redefinir su contexto de acción en circunstancias de inseguridad construidas bajo formas y estrategias de “modernización reflexionada”. El traslado de la responsabilidad respecto a la construcción de la identidad desde las instituciones a los individuos, implica una pesada carga en ocasiones difícil de sostener. La construcción reflexiva de la identidad, recae en el individuo, en el supuesto de que es un ser completamente racional, dotado de una amplia capacidad reflexiva. Sin embargo, existen elementos inconscientes de la identidad, asociados a la vida emocional más que a la capacidad reflexiva, que constituyen determinantes intrínsecos en relación a la capacidad de un individuo de dotar de sentido a su identidad, en tanto lo posibilita o limita.

A continuación, revisaremos algunos de dichos elementos, desde una perspectiva psicodinámica, considerando como se desarrollan tempranamente, y también como

influyen en la construcción y mantención de un sentido de identidad, a lo largo del ciclo vital.

Desarrollo de la Identidad desde la Perspectiva del Psicoanálisis

Hemos visto que el individuo enfrenta condiciones que hacen tambalear su sentido de identidad, y la coherencia e inteligibilidad que antes aportaba el contexto social, ahora deben ser proporcionadas por la subjetividad individual (Gleizer, 1997). El individuo se ve compelido a asumir la construcción de su identidad de una manera ampliamente reflexiva, y en este contexto, resulta necesario ponderar adecuadamente el papel de aspectos inconscientes de la identidad, a los que el individuo no puede acceder reflexivamente.

Erikson (1993) señala que, en relación a la identidad y sus conflictos, las complejidades inconscientes generalmente son ignoradas, pese a que, como señala Rice (2000) la identidad es un proceso ampliamente inconsciente para el individuo. A este respecto, Freud (1935) señala que todos los actos conscientes quedarían ordenados dentro de un conjunto coherente e inteligible si interpoláramos entre ellos los actos inconscientes que pueden ser deducidos. Es por esto que debemos profundizar en los aspectos inconscientes de la identidad, a la que se entiende relacionada con las fuerzas inconscientes que motivan el comportamiento humano (Duskin et ál., 2010).

Desde una perspectiva psicoanalítica, los fundamentos de la personalidad se establecen durante los primeros años de la infancia (Bowlby, 1993) de manera tal que las experiencias tempranas tienen una fuerte influencia en el devenir de la vida

psíquica de un individuo. Erikson (Donoso, 1999) ubica a la identidad como el eje del desarrollo de la personalidad, al que define como un proceso de búsqueda de la identidad que comprende toda la vida. Para Erikson (1993) este proceso se extiende tanto al pasado como al futuro; está enraizado en las etapas de la infancia y dependerá para su preservación y renovación de cada una de las etapas evolutivas subsecuentes.

La identidad implica la vinculación del individuo consigo mismo y con el mundo social que le rodea de manera que el sentido de identidad que un individuo tiene debe ser explicado dentro de la dimensión comunitaria en la que un individuo debe encontrarse a sí mismo (Erikson, 1993). El significado subjetivo y social de la identidad de un individuo han de tener un cierto grado de coherencia y la identidad debe responder tanto a la pregunta ¿Quién soy yo?, como a la pregunta ¿Quién soy yo a los ojos de los otros? (Larraín, 1996),

Desarrollo Psicológico e Identidad del Yo

En psicoanálisis, la identidad refiere al yo, el cual es un órgano de mediación que asegura la función de unidad e integridad de una persona (Fedida, 1988), coordinando funciones e impulsos internos y tratando de que los mismos puedan expresarse en el mundo exterior sin conflictos (Tallaferro, 2005). El yo conecta el mundo interno y el mundo externo de un individuo, y tiende a la integración y la unidad de la experiencia, en virtud de su particular estilo de síntesis.

La identidad del yo se desarrolla a partir de la integración gradual de todas las identificaciones (Erikson, 1959), y en este sentido, la identificación no es sólo un

proceso de reconocimiento (establecimiento de una relación de similitud), sino que es también la operación constitutiva de una identidad del yo (Fedida, 1988). A través de la identificación nos vinculamos emotivamente a los demás, de tal manera que es conocida en el psicoanálisis como la manifestación más temprana de un enlace afectivo a otra persona (Freud, 1935). En cuanto enlace afectivo, la identificación, tomada en el sentido de ‘identificarse con’, recubre en Psicología, diversas experiencias que entran en el fenómeno de la comunicación, tales como la empatía, la simpatía, la imitación, la incorporación, la asimilación afectiva, etc. (Fedida, 1988) y, permite que nos reconozcamos mutuamente como seres humanos.

En el curso del ciclo vital, constituimos la identidad de nuestro yo, en base a las identificaciones con personas afectivamente significativas. Sin embargo, el bebé no comienza como una persona capaz de identificarse con otras. Se necesita primero una consolidación gradual del yo como un todo o una unidad, y también un desarrollo gradual de la capacidad de sentir que el mundo exterior y el mundo interior son cosas relacionadas, pero no idénticas al yo, y que el yo es individual y peculiar, y nunca igual en dos criaturas (Winnicott, 1965). Estos logros del desarrollo psicológico son el resultado de dos importantes procesos psicológicos que transcurren paralelamente, entre el nacimiento y los doce o dieciocho meses de edad. El primero de ellos refiere al incipiente desarrollo del yo, el que ha sido abordado por Erikson en el primer estadio del desarrollo psicosocial, en que se cimientan las bases de su estilo de síntesis particular; y el segundo, el proceso de separación individuación, descrito por Mahler (1984).

Para el desarrollo de dichas estructuras psicológicas, es esencial la relación del niño o la niña y su madre. Consideraremos de qué manera se establece el vínculo afectivo entre ellos y su dinámica particular, enfatizando su importancia respecto al desarrollo del yo y el proceso de separación individuación.

Dinámica del Vínculo Afectivo Temprano

Con el fin de comprender de qué manera se instaura este vínculo afectivo entre el niño o la niña y la madre, recurriremos a la teoría de apego, postulada por Bowlby en los años setenta. En su planteamiento, Bowlby se aparta del psicoanálisis tradicional, que considera al vínculo madre-hijo como secundario a la gratificación obtenida por el amamantamiento, planteando que el alimento desempeña tan sólo un papel marginal en el apego del niño o la niña a su madre (Bowlby, 1990). El niño y la niña están constitucionalmente orientados al establecimiento de un vínculo afectivo, y existe una necesidad, biológicamente determinada, hacia la interacción con los seres humanos (López, 1999), que finalmente se orienta hacia una figura específica, la que Bowlby (1993) llama figura de apego. Esta tendencia se traduce en conductas que surgen prácticamente a partir del nacimiento, y Ainsworth y Bell (1970, en López, 1999) destacan que la característica más sobresaliente de estas “conductas de apego”, es que se orientan a lograr y mantener la proximidad de la figura de apego, lo que permite tener un contacto físico en algunas circunstancias y a comunicarse a cierta distancia en otras. Entre las conductas de apego específicas que presentan el niño y la niña podemos mencionar, la sonrisa indiferenciada, la que Bowlby (1986) considera un desencadenante social: un patrón de comportamiento, probablemente específico de la

especie humana, que en circunstancias corrientes madura en las primeras semanas de la vida y una de cuyas funciones es la de provocar en su madre un comportamiento maternal.

El apego es un sistema de comportamientos recíprocos entre un niño o una niña y su madre. El término recíproco es adecuado ya que el apego no sólo afecta el comportamiento del niño o la niña (por ejemplo, acercándose a la madre cuando está angustiado o angustiada), sino que también afecta las respuestas de la madre, la que emite respuestas de cuidado en presencia de señales del niño o la niña (Hoover, 2002). En relación a la madre, para Ainsworth (1967, en Bowlby, 1993) las variables que influyen el establecimiento del vínculo de apego son: accesibilidad de la madre a responder a las señales del bebé, y naturaleza de la interacción entre la madre y el bebé. En este punto es necesario indicar que, como Bowlby señala (1993), algunos niños eligen como figura de apego al padre, por cuanto él refuerza de manera más eficaz las conductas de apego del niño o la niña.

En relación a la influencia de la forma en que la figura de apego responde a las conductas de apego del niño o la niña, éstas generan en él/ella un estilo particular de apego, que refleja el clima afectivo y la consistencia de las pautas de interacción al interior de la díada conformada por la madre y su hijo o hija. Se han distinguido varios patrones de comportamiento que traducen estilos de apego diferentes, en que el apego seguro es aquel apego en que la figura de apego cumple la función de fuente de bienestar y confianza para el niño o la niña. El establecimiento del vínculo afectivo entre madre e hijo o hija, que asegura la clase de interacciones necesarias para el

desarrollo de las estructuras psicológicas básicas que permiten la emergencia de un sentido de identidad primario, está determinado en gran medida por la actitud de la figura de apego. Como señala Winnicott (1965) en el devenir de esta etapa del desarrollo, lo que asume importancia esencial es la actitud total de la madre. La actitud de la madre, a su vez se ve influida por el medio en que ella se encuentra, el cual como señala Spitz (1979), está constituido por un gran número de factores diferentes, grupos, individuos y objetos inanimados.

En este contexto se inicia el desarrollo del yo, desde un estado rudimentario, hasta desarrollar la capacidad de realizar identificaciones. El yo rudimentario del bebé debe ser complementado por el rapport emocional de los cuidados de crianza de la madre. Es dentro de esta matriz de dependencia fisiológica y sociobiológica respecto de la madre donde se produce la diferenciación estructural que permite al individuo organizarse para la adaptación: el yo (Mahler, 1984). Durante esta etapa, Spitz (1965, en Mahler, 1984) llama a la madre el yo auxiliar del bebé, de manera que, en su interacción con la madre, éste experimenta una regulación mutua entre sus capacidades receptivas que van en aumento y las técnicas maternas de provisión, las que gradualmente lo ayudan a equilibrar la incomodidad homeostática con la cual ha nacido (Erikson, 1959).

Revisaremos a continuación el desarrollo del yo entre el nacimiento y los dieciocho meses de edad, desde la perspectiva de la teoría del desarrollo psicosocial de Erik Erikson, que enfatiza la importancia de los procesos del yo considerando las fuerzas sociales y culturales que los influyen, así como también el proceso de separación-

individuación descrito por Mahler, del que el niño o niña surgen como individuos separados de la madre.

Desarrollo temprano del yo

La teoría del desarrollo psicosocial de Erikson corresponde a una psicología del yo, en la que el autor describe ocho etapas del desarrollo humano. Como señalan Feshbach y Weiner (1982), Erikson examina dichos estadios considerando los particulares procesos del yo involucrados, y los conflictos en que se conjugan aspectos biológicos, psicológicos y sociales. En cada estadio, emerge la posibilidad de desarrollar una cualidad psicológica específica, que implica una forma del yo de enfrentar los impulsos instintivos y su satisfacción en relación con el entorno. La forma característica en que el yo asume ese rol integrador de la experiencia, constituye su particular estilo de síntesis.

Cada estadio se convierte en una crisis, y constituye un momento crítico para el desarrollo de habilidades psicológicas específicas, en los cuales el ambiente que rodea al niño o la niña incide en la resolución, positiva o negativa, de las crisis. Éstas, que surgen de acuerdo con la maduración, deben ser resueltas satisfactoriamente para el sano desarrollo del yo (Duskin et ál, 2010). La primera crisis definida por Erikson, es central para el desarrollo de un sentido de identidad primario, determinando en gran medida el devenir del proceso identitario en el futuro.

Confianza Básica versus Desconfianza Básica. La primera crisis a superar, es aquella que se resuelve con la instauración de un sentimiento de confianza o de

desconfianza básica. Este estadio abarca desde el nacimiento hasta los doce o dieciocho meses de edad y en él, el niño o la niña desarrollan un sentido de si el mundo es un lugar bueno y seguro (Duskin et ál., 2010), de manera que, como señala Erikson (1974) ‘confianza’ refiere a una esencial seguridad plena en los otros y también un sentimiento fundamental de la propia confiabilidad. Respecto a la identidad, Giddens (2001) señala que lo que Erikson llama “confianza básica” está en el núcleo de una duradera identidad del yo.

En la existencia cotidiana, el establecimiento firme de pautas permanentes para la solución del conflicto nuclear entre la confianza básica versus la desconfianza básica, constituye la primera tarea del ego y, por lo tanto, es fundamentalmente la tarea del cuidado materno (Erikson, 1959), que marca el tono emocional de las vivencias tempranas.

Estas vivencias tempranas sobre las que se instauran los sentimientos de confianza o desconfianza básicas devienen inconscientes, operando en la vida psíquica del individuo en formas habituales psíquicamente positivas, en constante evolución y cargado de energía psíquica, movilizándolo al sujeto sin que éste advierta el origen de su decisión (Tallaferro, 2005). También el yo tiene una parte inconsciente, la cual, como señala Freud (1935) puede ser activada sin hacerse consciente, operando de manera eficaz.

Lo inconsciente actualiza vívidamente momentos significativos en la vida de una persona pues, como señala Tallaferro (2005) el sistema inconsciente es atemporal, de tal manera que todas las tendencias son vividas en el inconsciente en el tiempo actual.

Así, las experiencias tempranas vividas en la relación afectiva con la madre, se mantienen activas, y continúan ejerciendo su influencia en la dinámica psíquica del individuo. Para explicar cómo ocurre esto, utilizaremos el concepto de fantasía inconsciente, tal como es concebido por Melanie Klein (Segal, 1999).

En primer término, es necesario señalar que crear fantasías es una función del yo (Segal, 1999), y el bebé las crea desde su nacimiento, lo que supone la existencia de un yo rudimentario, que es capaz de establecer relaciones objetales primitivas en la fantasía y la realidad. Desde el momento de su nacimiento, el bebé tiene que enfrentar el impacto de la realidad, que comienza con la experiencia del nacimiento mismo y prosigue con innumerables experiencias de gratificación y frustración de sus deseos (Segal, 1999). Frente a las situaciones de frustración, el bebé realiza lo que Freud llama la realización alucinatoria de deseos. Esta realización alucinatoria de deseos implica la gratificación del impulso instintivo a través de fantasías inconscientes. Como indica Winnicott (1965), aparece el hambre, y el bebé está listo para crear una fuente de satisfacción. Cuando se produce la gratificación por el amamantamiento, el bebé eventualmente tiene la ilusión de que ese pecho real es exactamente el resultado de la creación surgida de la necesidad, la avidez y los primeros impulsos de amor primitivo. La realización alucinatoria de deseos, potencia la fantasía inconsciente de un objeto bueno, y para el bebé esto implica, como refiere Segal (1999) que su propia bondad y la del objeto bueno son firmes y duraderas.

Esta esperanza, firmemente arraigada en virtud de la experiencia, es lo que llamamos confianza básica. Diferentes actitudes vitales se instaurarán, si prevalece el

impulso libidinal, por la confirmación en la realidad de la fantasía de gratificación, o si prevalecen los impulsos agresivos, al no confirmarse en la realidad la fantasía de gratificación, y ser sustituida por fantasías en que dichos impulsos agresivos se realizan. Ambas dinámicas corresponderían, respectivamente, a la instauración de un sentimiento de confianza básica, y de desconfianza básica.

La resolución del conflicto entre confianza y desconfianza básicas, se desarrolla paralelamente a un importante proceso del desarrollo psicológico: el proceso de separación individuación, descrito por Mahler (1984), en el cual el niño o la niña, en el devenir de los primeros doce a dieciocho meses de vida, emerge como un individuo separado de la unidad simbiótica con la madre.

Separación-individuación

El proceso de separación individuación resulta esencial en relación a la génesis de la identidad. Como señala Mahler (1984) el desarrollo normal del proceso de separación individuación es el primer requisito decisivo del desarrollo y conservación del ‘sentido de identidad’, el que define como la catexia⁴ cohesiva de la imagen, firmemente diferenciada e individualizada, de sí mismo. Al finalizar el proceso de separación individuación, hacia los doce o dieciocho meses de edad, la cualidad de la catexia cohesiva de la imagen de sí mismo, a la que refería Mahler (1984), es determinada por la forma en que se resolvió el conflicto entre confianza y desconfianza básica.

⁴ Catexia o catexis refiere a la unión de la energía psíquica con un objeto externo o interno, una representación, una actividad, una parte del cuerpo, etc. (Fedida, 1988).

El proceso de separación individuación se desarrolla automáticamente, y paralelamente, se desarrolla el yo. Este proceso, por el contrario, no es automático. Como indica Fromm (1989) el crecimiento del yo es dificultado por un cierto número de causas individuales y sociales, de tal manera que el estilo de síntesis del yo instaurado en esta primera etapa puede resultar positivo o negativo en términos de la vida psíquica del individuo.

En los inicios del proceso de separación individuación, el niño o la niña, junto a la madre constituyen, una unidad simbiótica. Para Mahler (1984) el término simbiosis designa un estado de indiferenciación, de fusión con la madre, en que el “yo” no se diferencia del “no-yo”, y en el que sólo gradualmente el sujeto comienza a sentir como diferente lo interior y lo exterior. Esta fase simbiótica, se inicia a partir del segundo mes de vida, y llega hasta los cuatro o cinco meses de edad aproximadamente. En tanto en este funcionamiento integrado que conforman madre e hijo en la unidad simbiótica, prime la vivencia de la gratificación, y el niño o la niña sólo deban manejar montos de frustración adecuados a sus incipientes capacidades yoicas, de tal manera que prime la valencia libidinal del impulso amoroso, el proceso de separación individuación seguirá su curso adecuadamente. Mientras continua el placer interno, debido al seguro anclaje dentro de la órbita simbiótica, y mientras la complacencia en las percepciones sensoriales exteriores en aumento estimula la catexia de la atención, el niño o la niña se desplazan libremente a través de una ‘serena diferenciación y una expansión más allá de la órbita simbiótica’ (Mahler, 1984).

Se inicia así el proceso de separación individuación propiamente tal, con su primera

fase, de diferenciación, que va desde los cuatro o cinco meses, hasta los nueve o diez meses de edad. La emergencia de la demarcación entre la imagen del cuerpo y la imagen del objeto es de vital importancia para el sentido de identidad, pues, como señala Erikson (1959) una identidad del ego que está emergiendo, podrá salvar los estadios de la primera infancia, si el ego corporal y las imágenes paternas han sido dadas con sus significados específicos. De acuerdo con los centros nerviosos que los han recibido, los estímulos externos dejan vestigios que crean (en el yo), una imagen del cuerpo que en psicología se llama “imagen” o “esquema corporal” (Tallaferro, 2005). Como señala Mahler (1984), para la formación de las estructuras es necesaria la alternación rítmica y predecible de experiencias de gratificación y frustración.

Esta fase de diferenciación, culmina con la emergencia de una nueva estructura psicológica, vital en la instauración de un sentido de identidad rudimentario: la imagen corporal, y, a través de la diferenciación entre el mundo externo e interno el sujeto adquiere identidad y autonomía (sentimiento de mismidad o vivencia del self⁵) (Pichón-Rivière, 1995).

Durante la siguiente fase del proceso de separación individuación, la fase de ejercitación, que se extiende aproximadamente desde los nueve o diez meses hasta los dieciséis o dieciocho meses, el ejercicio de las estrenadas funciones del yo (locomotoras, representacionales, sociales) se caracteriza por la exploración cada vez

⁵ Self, designa la personalidad corporal del individuo, y subraya, en el proceso de maduración, las funciones de unidad, integridad y totalidad. Con respecto al yo, el self connota significaciones subjetivas, ligadas a la experiencia que cada uno tiene de sí mismo, la manera en la que habita su cuerpo, etc. (Fedida, 1988).

más osada del entorno. Cuando la fase simbiótica se ha desarrollado satisfactoriamente, parece concentrado en ejercitar las nacientes funciones autónomas del yo (Mahler, 1984), y un mayor número de aventuras de los sentidos despierta un sentimiento de familiaridad, el que Erikson (1959) concibe con un sentimiento de bienestar íntimo.

Al finalizar la fase de ejercitación, el niño o la niña se percatan de que se encuentra separado de la madre. En efecto, como señala Mahler (1984) con la adquisición de la entusiasta marcha erecta y con el comienzo de la inteligencia representacional (Piaget, 1936, en Mahler, 1984), el ser humano emerge como una criatura separada y autónoma, y que con este proceso de "salida del cascarón" el pequeño alcanza el primer nivel de identidad, el de ser una entidad individual separada.

En resumen, podemos decir que, al finalizar el primer año de vida, el niño o la niña emerge como un individuo separado, un individuo poseedor de un rudimentario sentido de identidad derivado de sus experiencias en la fase simbiótica y de diferenciación, con su valencia relativamente superior de dominio del instinto libidinal o agresivo, según sea el caso, y una imagen corporal, delimitada en relación al objeto, desarrollada en la fase de diferenciación. A continuación, el desarrollo del yo permite la realización de identificaciones, que gradualmente se irán integrando en un estilo de síntesis del yo característico.

A continuación, discutiremos de qué manera estos procesos psicológicos tempranos determinan, en alguna medida, la capacidad de un individuo de encontrar un sentido de identidad en circunstancias en que los referentes socioculturales se hallan fuertemente

debilitados.

Discusión

Los antecedentes teóricos revisados en las secciones anteriores, nos permiten dilucidar las implicancias que tienen algunos aspectos inconscientes de la vida psíquica para la conformación de la identidad en las personas, en el contexto de la globalización.

Como vimos, tanto las sociedades tradicionales, cuya vida social devenía en torno al dogma religioso, la tradición y la costumbre, como las sociedades modernas, en que los grandes relatos sustituyeron en gran medida dichos elementos, son sociedades relativamente estables, las que permiten al individuo reconocerse a través de una serie de funciones fijas, las que actúan como espejos, dándole un rostro, una identidad (Pichón-Rivière, 1995). En el mundo globalizado, las instituciones se han debilitado, puesto que ya no cuentan con un universo simbólico único de referencia, que las legitime de manera universal. De esta manera, los individuos no encuentran, en el ejercicio de las funciones de los roles propios de dichas instituciones, un sentido de identidad que los identifique en relación al mundo social y a sí mismos. Estos cambios ocurren en y por el flujo permanente de intercambios entre los individuos globalmente interconectados, en que, como Castells (2001) señala, cualquier significado asignado se vuelve rápidamente obsoleto, reproducido por una miríada de perspectivas distintas y de códigos alternativos. La aplicación reflexiva del conocimiento transforma las prácticas sociales, de forma que variadas fuentes de conocimiento (conocimiento experto, pero también otros actores que se expresan a través de las redes sociales)

influyen en nuestras rutinas cotidianas, nuestras relaciones sociales y de afecto, y nuestra identidad.

Así, cada individuo se ve compelido a hacerse cargo de su propia identidad, lo que a menudo resulta una tarea excesivamente compleja, y, al no estar en condiciones de asumirla, se ve amenazado por la pérdida de identidad. En este contexto aumenta la importancia relativa de aspectos inconscientes de la vida psíquica de los individuos, que determinan en gran medida la capacidad de cada individuo de hacerse cargo de esta tarea.

Estos elementos inconscientes poseen un potencial integrador que permite la mantención de una identidad del yo cohesiva y coherente. El sentimiento de confianza básica instaurado en las primeras etapas de desarrollo del yo, que acompañará al individuo a lo largo de su vida, le permitirá mantener su identidad del yo, orientando la selección y eliminación de contenidos psíquicos. De esta manera, las identificaciones posteriores, sobre cuya integración se construye la identidad futura, tendrán el matiz emocional de la empatía y la mutua comprensión, en resumen, sentimientos amorosos, contribuyendo a la construcción de un sentido de identidad positivo.

A nivel afectivo-social, los individuos, que se orientan al ámbito privado en busca de su sentido de identidad en la interacción cara a cara, se encuentran con que, en este ámbito, las instituciones también han sufrido transformaciones, y que surgen nuevas formas de relacionarse, en que las regulaciones son instituidas por quienes participan de las relaciones y cada vez menos, por normativas externas, tradición o costumbre. Giddens (2000) tipifica un nuevo tipo de relación, característico del contexto social

generado por el proceso de globalización, que llama “relación pura”, en la que la confianza activa en el otro es una condición necesaria. El sentimiento de confianza básica permite a quien la posee involucrarse en relaciones afectivas cercanas que se caracterizan por la apertura y descubrimiento de sí mismo y el otro. Se abre así la posibilidad de generar espacios de intimidad en los que se construyen intersubjetivamente sistemas de referencia, fuertemente significativos en lo personal, que vienen a sustituir en alguna medida los sistemas de referencia engarzados en torno al dogma religioso, la tradición y los grandes relatos.

El sentimiento de confianza básica, que tiñe la dinámica psíquica a nivel inconsciente, parecen posibilitar la apertura a relaciones afectivas cercanas como las descritas, en circunstancias de que ellas han adquirido relevancia en relación a la identidad personal.

En este punto, es importante enfatizar la importancia de cimentar un sentimiento de confianza básica en el contexto del normal desarrollo del proceso de separación individuación, de tal manera que el niño o la niña emerja como un individuo separado dotado de la capacidad de confiar, y firmemente identificado con su propia confiabilidad.

La tarea de construir intersubjetivamente la propia identidad puede ser vista como una amenaza, o como un espacio de libertad, por cuanto se puede acercar cada vez más a ser una auténtica expresión de sí mismo. Cuando desaparece el horizonte de significado otorgado por las instituciones tradicionales y las grandes narrativas, emerge la necesidad de dotar de sentido a la experiencia, en un nuevo horizonte de significado

compartido.

Concluimos que, la capacidad de aproximarse al otro desde la confianza, -básica en el sentido de Erikson, y activa en el sentido de Giddens-, formando vínculos de afecto gratificantes y segurizantes, potencia la capacidad de construir significados compartidos a los cuales referir nuestra identidad, dándole coherencia personal y social.

Referencias bibliográficas

- Beck, U. (2006). *La sociedad del riesgo global*. Madrid: Siglo XXI.
- Berger, P., y Luckmann, T. (1991). *La construcción social de la realidad*. Amorrortu.
- Berman, M. (1998). *Todo lo sólido se desvanece en el aire: la experiencia de la modernidad*. Siglo XXI.
- Bowlby, J. (1986). *Vínculos afectivos: formación, desarrollo y pérdida*. Morata S.A.
- Bowlby, J. (1990). *La pérdida afectiva*. Paidós.
- Bowlby, J. (1993). *El vínculo afectivo*. Paidós.
- Cárdenas, J. Contreras, C.G., y Lintz, H. (2001). *Efectos de Internet sobre las personas: su impacto en la organización cognitiva de la información, la creatividad y la percepción y experiencia respecto a dicho recurso* [Tesis para optar al grado de Licenciado en Psicología, Universidad de La Frontera, Temuco]. Repositorio.
- Castells, M. (2001) Materiales para una teoría preliminar sobre la sociedad de redes. *Revista de Educación, Número extraordinario 2001, Globalización y Educación*, 51-58.

- Castells, M. (2005). *Globalización, desarrollo y democracia: Chile en el contexto mundial*. Fondo de Cultura Económica.
- Castells, M. (2009). *Comunicación y poder*. Alianza editorial.
- Castells, M. (2011). Comunicación y poder en la sociedad red. En Ottone, E. *Pensamiento global I* (pp. 115-152). Ediciones Universidad Diego Portales.
- Castells, M. (2012). *Redes de indignación y de esperanza: los movimientos sociales en la era de internet*. Alianza Editorial.
- Collico, D. (1998). *Contenidos, censura y privacidad en Internet*. Curso de Postgrado en Derecho de las telecomunicaciones. Disponible en: www.lukasnet.com/danko/tesis
- Donoso Niemeyer, T. (1999). Desarrollo de una Identidad con Tendencia a la Vergüenza Una mirada desde la Teoría de E. Erikson y las Interacciones Familiares. *Revista de Psicología*, 8(1), 57-66. doi:10.5354/0719-0581.2011.17150
- Erikson, E. (1959). *Infancia y sociedad*. Ediciones Hormé.
- Erikson, E. (1974). *Identidad, juventud y crisis*. Paidós.
- Erikson, E. (1993). *Sociedad y adolescencia*. Siglo XX Editores.
- Fedida, P. (1988). *Diccionario de psicoanálisis*. Alianza Editorial S.A.
- Freud, S. (1935). *Psicología de las masas y análisis del yo*. Editorial Ercilla.
- Fromm, E. (1989). *El miedo a la libertad*. Paidós.
- Feshbach, S. y Weiner, B. (1982). *Personality*. D.C. Heath and Company.

- Giddens, A. y Pierson, C. (1998). *Conversations with Anthony Giddens: making sense of modernity*. Polity.
- Giddens, A. (2000). *Un mundo desbocado: los efectos de la globalización en nuestras vidas*. Grupo Santillana de Ediciones, S.A.
- Giddens, A. (2001). *Consecuencias de la Modernidad*. Alianza Editorial.
- Gleizer, M. (1997). *Identidad, subjetividad y sentido en las sociedades complejas*. Juan Pablos Editor.
- Hoover, J. (2002). John Bowlby and human attachment. *Reclaiming children and Youth*, 11(1), 58-62.
- Larraín, J., Gissi, J. y Sepúlveda, F. (1995). *Cultura e Identidad en América Latina*. Instituto chileno de estudios humanísticos ICHEH.
- Larraín, J. (1996). *Modernidad, razón e identidad en América Latina*. Andrés Bello.
- López, F. (1999). *Desarrollo afectivo y social*. Ediciones Pirámide.
- Lyotard, J.F. (1989). *La condición postmoderna*. Ediciones Cátedra.
- Mahler, M. (1984). *Separación-Individuación*. Editorial Paidós
- Marina, J. (2000). *Crónicas de la ultramodernidad*. Editorial Anagrama S.A.
- Montecinos, H. (1996). *Del pensamiento mágico al posmoderno*. Editorial Pluma y Pincel.
- Duskin, R., Papalia, D. y Wendkos, S. (2010). *Desarrollo Humano*. McGraw-Hill.
- Pichón-Riviere, E. (1995). *Diccionario de términos y conceptos de Psicología y Psicología Social*. Ediciones Nueva Visión.

Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo. (1999). Informe sobre el desarrollo humano. Mundi-prensa Libros S.A.

Rice, Ph. (2000). *Adolescencia: desarrollo, relaciones y cultura*. Prentice-Hall.

Rodriguez, D., y Arnold, M. (1990). *Sociedad y Teoría de Sistemas*. Editorial Universitaria.

Segal, H. (1999). *Introducción a la obra de Melanie Klein*. Paidós SAICF.

Sistemas de Servicios de Información y Bibliotecas (1996). *Internet, guía práctica para el usuario*. Editorial Universitaria.

Spitz, R. A. (1979). *El primer año de vida del niño*. Aguilar S.A. de Ediciones.

Tallaferro, A. (2005). *Curso básico de psicoanálisis*. Paidós.

Winnicott, D.W.(1965). *El niño y el mundo externo*. Ediciones Hormé S.A.E.